

Las montañas de Corinto, del Ática, de la Beocia, del Peloponeso, tienen sólo tres ó cuatro mil pies de altura, y es necesario dirigirse al extremo norte de Grecia para hallar una cima igual á las de los Pirineos ó los Alpes, ó sea el Olimpo que los delirios paganos habían hecho morada de los dioses.

Los mayores ríos, el Peneo y el Aquelao, apenas tienen un curso de 30 ó 40 leguas.

Las teogonías, los errores, las supersticiones engendradas por otros pueblos, sufrieron en Grecia hondas transformaciones. La riente imaginación helena pobló los bosques de diosas y ninfas, los mares de tritones y nereidas, las selvas de bacantes y sátiros. Los animales venatorios jugaron brillantísimo papel en las transformaciones de los dioses y en los cantos de los poetas.

La caza tuvo, como la guerra, su diosa tutelar: la hermosa, la poética, la enamorada Diana; la concepción poética, vaga y pudorosa de la diosa refugiada en el seno de los bosques, á orillas de murmuradores arroyos, cazando con sus ninfas, desnudo el cuerpo, huyendo de las procaces miradas de los hombres, héroes y dioses.

III

¡Diana! ¡Artemisa! La *Odisea*, el poema homérico, traza en elocuentes rasgos el retrato de la diosa hermana de Apolo. «Artemisa, con aire altivo, armada con su carcaj y flechas, camina al través de las montañas á orillas del Taygetes ó del Erymanto, y persigue, llena de alborozo, á los jabalíes y ciervos, seguida de las ninfas, hijas de Zeus.»⁽¹⁾

El papel de cazadora es el que señorea en la Artemisa helénica. Divinidad de abolengo, dórico como Apolo, Artemisa es la virgen austera, ocupada casi exclusivamente en sus correrías de caza. El creciente lunar es uno de sus atributos, y bien que Selena, la diosa de la luz lunar, sea una personalidad distinta de la hermana de Apolo, Diana es también una afeja personificación del astro de la noche.

Un brillante escritor ha trazado algunas páginas llenas de vigor y vida sobre Diana cazadora, que reproducimos para enriquecer esta enciclopedia de caza y solazar á nuestros ilustrados lectores.⁽²⁾

(1) *Odisea*, VI, 102.

(2) *Hombres y dioses*, por Paul de Saint-Victor.

«La mitología hizo á Diana hija de Latona, pero el seno que la engendró es más vasto que el de ésta, y su concepción más divina. Diana nació de la corriente de los manantiales, de la profundidad de los bosques frondosos, de los rumores del viento y de los misterios de la soledad. Todó elemento casto de la naturaleza, toda pureza de cuerpo y de alma, se personificaron en la gran virgen dórica.

Diana en su origen es la Luna, hermana del dios solar, de Febo, única en el cielo, como él; su doble celibato expresa su soledad etérea. Así como Apolo, semejante á una estatua que surge de las llamas de su molde, se desprende pronto del Sol, así Diana desciende también pronto del astro nocturno. Su carácter lunar palidece por grados; y, aunque conserva siempre su reflejo, predomina en ella la cazadora, la heroína sin protector y sin dueño, que vive, libre de todo yugo, en el fondo de los grandes bosques. Bajo este aspecto la adoraba Grecia y la evoca la imaginación, y los poetas la cantan, y el cincel de los escultores la traza en el mármol, puro y frío como ella. Alta y esbelta, su cabeza sale por encima de todas las de las ninfas que forman su séquito errante; su figura sólo difiere de la de Apolo en que está algo dulcificada, pero ninguna suavidad hace flojear su hermosura altiva. Parece que su boca entreabierta aspire el soplo de los bosques, palpitan sus narices como olfateando una presa, sus ojos fijos lanzan miradas rápidas y rectas como flechas, sus piernas, largas y delgadas, son más de un Efebo⁽¹⁾ que de una mujer; su seno, recogido por el ejercicio de los juegos heroicos, presenta el verdor de la pubertad. La idea de la carrera nos asalta al contemplar sus piernas, como se comprende el vuelo al ver las alas de los pájaros. Botina cretense calzan sus pies ágiles. La corta vestidura del Oriente aprieta con sus pliegues su talle largo, y prendida por broches se arremanga en las rodillas; con gracia y presteza con frecuencia pliega su manto á guisa de cintura alrededor de sus flancos. Cualquier soplo de viento bastará para deshacer su cabello, levantado en ondas sobre la frente, ó atado sencillamente debajo de la nuca. Siempre en movimiento, anda volviendo atrás la cabeza como si oyera el toque del clarín, sacando una flecha del carcaj, que lleva sobre las espaldas, ó domando una cierva que da saltos para que la acaricien sus manos; las estatuas de Diana nos presentan la imagen de la actividad eterna.

Al sonido de los cuernos de caza, y á los ladridos de

(1) Paul de Saint-Victor *ibidem*.

la jauría, recorre los bosques y las montañas, acompañada por el coro de sus ninfas, feroces y vírgenes como ella. Cazadoras salvajes franquean los precipicios y pasan los ríos á nado, dejando sólo á las águilas las huellas de sus pasos. Duérmense las agrestes guerreras, al medio día, á la sombra de las encinas gigantes; á la hora en que las leonas van á beber al crepúsculo, ellas lavan en los mantiales sus frías manos sangrientas y sus brazos cubiertos de polvo. Ley austera gobierna el gineceo vagamundo; las compañeras de Diana hacen voto perpetuo de castidad. Los bosques sagrados son sus claustros, las montañas sus monasterios, y la diosa es, digámoslo así, la abadesa de las selvas.

Su secreta presencia llenaba los bosques de muchos prestigios. Santificaba todos sus sitios y divinizaba todos sus ruidos. La brisa, que agitaba las hojas, era acaso su divino aliento. Quizás el lago se estremecía largo rato por acabar de recibir su cuerpo virginal. Su cara maravillosa encantaba la selva y se mezclaba con todos sus rumores. Los leñadores y los pastores creían oír silbar sus flechas en el ruido del viento, y veían relucir sus espaldas en las claridades que blanqueaban la umbría. Causaba religioso espanto al joven cazador lacio, que penetraba en los espesos bosques del Taygeto, imaginar que al volver un

sendero iba á encontrar, avanzando hacia él, á la diosa apoyada sobre su marco de plata, creyendo acaso dar con ella al salir desnuda del baño y sorprenderla vistiéndose con púdico gesto.

Si las ramas que él agita, tropezando con ellas á su paso, le arrojan al rostro una gota de rocío, cree sentir el agua mágica que Diana lanzó sobre Acteón, y que hizo brotar en sus sienas cuernos de ciervo.

Por la noche debían multiplicarse los terrores que debía causar el encuentro de la Inmortal. Los grandes ruidos lejanos que atravesaban el silencio, ¿eran los brincos de sus ninfas ó los saltos de las cascadas? ¿No

podían tomarse las ramas plateadas por puntas de sus lanzas, moviéndose iluminadas por la Luna? Cuando ésta, en su creciente, se asomaba por las cimas de los montes, el viajero que llegaba tarde creía que era la diadema de Diana, adormecida sobre una cumbre, porque ella también era la Luna. Diana se despojaba todas las noches de su forma terrestre, como de un traje de caza, y se remontaba al cielo, para dirigir allí el ejército de las estrellas, como de día dirigía en la Tierra el ejército de sus ninfas. Sus facciones derramaban en

el mundo, desde el firmamento, ya dones propicios, ya funestos; los primeros eran los rayos apacibles que, haciendo las tinieblas, abren los senderos; los segundos, las llamas siniestras que levantan espectros y que alumbran negros maleficios.

Conserva Diana, desde su origen lunar, un carácter misterioso; cambia como el planeta que personifica. Contemplada en el cielo; su creciente límpido se metamorfosea en rostro que hace muecas. Miradla en la Tierra; tan pronto nos muestra el semblante de una deidad caritativa como el perfil violento de una furia. Es implacable en sus venganzas; entrega á Acteón á los dientes de sus perros, mata á Calisto, su ninfa infiel, y termina en masa á las hijas de Niobe. Indignada Juno en la *Iliada*, le reprocha su «corazón de leona para las mu-

jerres.» Nadie en Pelleno se atrevía á mirar de frente su estatua; cuando la sacaban en procesión, los más atrevidos apartaban los ojos de ella. Se decía que su mirada esterilizaba los árboles y hacía caer la fruta verde. En Taurida se regocijó Diana con la sangre de las víctimas, y en Esparta con los gritos de los adolescentes y de las vírgenes azotadas ante su altar.

Mientras duraba la desgarradora flagelación, tenía en sus brazos su sacerdotisa una estatua de madera de la diosa, y gritaba que su peso la aplastaba, y que la iba á dejar caer, cada vez que veía que el brazo que castigaba aflojaba los golpes. Era esa inmortal espan-



Diana cazadora (museo del Louvre)

tosa cuando, revestida con la máscara de Hécate, y desde lo alto del cielo, cernía su disco lívido empañado por nubes sobre la trípode mágica, en donde consumía los filtros y hacía hervir los venenos. «Te invoco, terrestre Hécate,—grita la Symetha de Teócrito, al aderezar sus encantos,—ante quien hasta los perros tiemblan de terror, cuando te apareces al través de las tumbas y ante la sangre negra de los muertos. ¡Salud, terrible Hécate, y hasta el fin favoréceenos, haciendo que estos venenos no valgan menos que los de Circe y que los de Medea!»

Orígenes nos ha transmitido la plegaria litúrgica que le dirigían las magas de la Tesalia; iguala en horror al sortilegio de las tres hechiceras de Macbeth. «Ven á nosotras, infernal, terrestre y celeste Hécate, diosa de los grandes caminos y de las encrucijadas, que traes luz, que marchas por la noche, enemiga de la luz, amiga y compañera de la noche; que te alegras cuando ladran los perros y se derrama sangre, y vas errante entre las sombras y á través de las tumbas, y aterras á los mortales. ¡Bombo! ¡Gorgo! ¡Mormo! Luna de mil formas, mira con ojos propicios nuestros sacrificios.»

Andando el tiempo, la diosa dórica, corrompida por el Asia, se identificó con la Diana monstruosa del templo de Éfeso. Dieron á su esbelta figura el aspecto de una momia, y cargaron su pecho con una triple línea de tetas.

Sus sacerdotes fueron eunucos, y la festejaron con obscenas mascaradas.

La verdadera Diana no es responsable de las metamorfosis impuras ó perversas que sufrió su tipo. Los humanos y simpáticos dioses griegos habían contraído en su pasado oriental deudas que era preciso que pagasen.

Nacieron de los cultos fálicos y orgiásticos del Asia, y, desprendiéndose de esa servidumbre de monstruos, se convirtieron en hombres; de la deformidad del fetiche se elevaron á la belleza del genio, pero bajo sus rasgos purificados conservaban los signos de concepción primitiva.

De tiempo, en tiempo, cuando menos, por algún lado debían volver á tomar su última figura. El sacerdote no entregaba el ídolo entero á la lira del poeta ni al buril del artista, sino que se reservaba para él la parte oscura y velada, la forma geroglífica y oculta. De aquí dimanó la doble existencia que divide y contradice con frecuencia á las divinidades de la Grecia. Afrodita se hunde por algunos instantes en los misterios impuros de Astarte; el joven y riente Baco, con el nombre

frigio de Zagrens, vierte, en vez de vino, la sangre de las víctimas, y Proserpina abandona el lecho de flores de Sicilia por sentarse en el negro trono del Hades. Sin embargo todos esto, la cazadora Diana eclipsa á Hécate; la virgen pura redime los crímenes del ídolo de Éfeso y del astro impuro. Bajo esa noble forma es hermosa y bienhechora; al través de su aspecto severo se trasluce su bondad, como se adivina su virtud en su aire feroz. Merece el título que los atenienses grabaron en el zócalo de su estatua: «A la buena y bellísima diosa.»

La invocaban los enfermos y hacía llegar hasta la cabecera del lecho el olor balsámico de los bosques que ella exhala y que cura todas las enfermedades. Como por delicada compensación, la Grecia le confió el patronato de los niños; pues, ya que ella no había de conocer las voluptuosidades del himeneo, quisieron que sintiera algo del goce maternal. Era la protectora de los niños, y la sacrificaban animales pequeños para obtener su protección. Como Mythia, aligeraba los dolores de las madres. Según los mitos de Delos, apenas salió Diana del seno de Latona, le ayudó á dar á luz á Apolo. La augusta virgen desempeñaba en la mitología el papel que hace en la familia la tía que permanece soltera y que reparte entre los hijos de sus hermanos el amor que encierra su seno estéril. Su pureza la dota de una belleza especial; hay algo de la aureola en el brillo que vierte, y en su divinidad algo de santo. Se aparece más como una madona que como una diosa. «La Diana de esta encrucijada,—dice un epigrama de la anthología,—es una joven virgen que vive en casa de su padre, que la ha vestido con el traje de la diosa, porque ésta se le apareció cerca de donde trabaja, resplandeciente de luz.»

Cuando llegaba para las doncellas la hora núbil, y las turbaciones que causaba Venus sucedían á la casta influencia de Diana, las jóvenes dedicaban á ésta su última muñeca. Como un exvoto suspendían de su estatua al inocente fetiche, que un ídolo vivo iba á reemplazar en su corazón.

Un sólo amor se encuentra en la leyenda de Diana, inmaculado, como la luz que lo expresa. Bajo su forma sideral ama á Endimión; entonces no se llama Diana, se llama Selena, esto es, la Luna apocible y propicia. Indescriptible pudor reina en su matrimonio aéreo; sus caricias son reflejos y su beso es el rayo que resbala sobre labios cerrados por el sueño; se entrega vertiendo su claridad sobre el cuerpo del joven cazador adormecido. Cuando Diana vuelve á descender á la Tierra, guarda hasta con sus iniciados inviolable re-

serva. En la tragedia de Eurípides, Hipólito, su más caro favorito, oye la voz de la diosa, sin ver su rostro; ella no aparece ante él sino cuando va á morir; pero consuela su agonía con celeste piedad. Al aproximarse la diosa, se apaciguan los dolores del moribundo; se muere, pero sin sufrir. Si ella esquiva su último suspiro, si no recibe su última mirada, es porque su dignidad divina le prohíbe ver el aspecto de la muerte. «Adiós: recibe mi último saludo. No se me permite ver á los muertos y manchar mis miradas con fúnebres exhalaciones, y veo que te aproximas al término fatal.» La partida solemne de la diosa precede á la del alma del héroe.

Se atribuía á Diana una función terrible; su arco lanza la muerte súbita que mata al hombre en la plenitud de su fuerza y al adolescente en la flor de su edad; pero, para los antiguos, la muerte repentina era la *euthanasia*, esto es, la buena muerte; y bendecían á Diana por la seguridad de sus tiros, y llamaban dulces á sus invisibles flechas. «¡Oh madre mía!—pregunta, en la Odisea, Ulises:—¿Por qué la Parca te ha sometido al sueño de la muerte? ¿Has sufrido larga enfermedad, ó visitándote Diana te hizo caer rápidamente herida por sus dulces flechas?» Y Anticlea le responde

con apesadumbrado acento: «No me ha herido Diana en el seno de mi palacio con sus dulces flechas; el dolor de tu ausencia, ¡oh hijo mío! me ha robado la luz del día.»

En Diana ha expresado el paganismo su más alto y su más puro ideal; necesitaba oponer esa virgen á divinidades libidinosas. Mientras que los inmortales llenan de adulterios la Tierra y el cielo, la rígida diosa, encerrada en sus montañas inviolables, protesta con su austeridad contra los desbordamientos del Olimpo.

En sus dominios da ejemplo de abstinencia y de energía; educa almas sanas en cuerpos robustos, y pre-

senta escuela de heroísmo. Su influencia es eficaz, su influencia se exhala del fondo de los bosques, y se esparce por la Grecia, semejante á los vientos fríos que purifican la atmósfera. Ella excita á los jóvenes á los ejercicios del gimnasio, los arrastra á la caza, alejándolos de las casas de las cortesanas y de los pórticos de los retóricos. Cuando la imagen de la diosa se alteró, cuando se corrompió su culto, se retiró una virtud del politeísmo, y éste perdió su único pudor y su última dignidad.»



Diana y el perro (museo del Vaticano)

IV

El brillante prosista Paul de Saint-Victor ha pintado con galana y profunda frase el carácter misterioso de Diana Cazadora, bien que quizás su narración tenga algún amargo dejo y sabor naturalista, propios de quien ha estudiado con demasiado amor el culto pagano.

Cuando consagremos, en el decurso de esta obra, un capítulo á la *literatura y la caza*, entonces podremos citar diversos trozos selectos con que los poetas antiguos y modernos han cantado á Diana, la

divinidad antigua, protectora de la caza; pero, entretanto, justo es que al lado de Paul de Saint-Victor copiemos el trozo de poema venatorio de D. Nicolás Fernández de Moratín, en el que hace la pintura de Diana ⁽¹⁾.

(1) Poema didáctico dirigido al infante D. Luis Jaime de Borbón, dividido en seis cantos: el primero trata de la antigüedad, origen y excelencias de la caza; el segundo, de los peligros de la caza, pertrechos necesarios, como instrumentos, animales, etc., y su enseñanza; el tercero, de la cura de los caballos, pesquería y astrología, como necesarias á los cazadores; el cuarto, de la volatería ó caza de las aves; el quinto, de la caza de las fieras y su naturaleza; y el sexto, de una batida general.